

LA MARIPOSA EN EL BARBECHO

Por Sergio Bustos Santelices

Desde el sugestivo título, pasando por la merecida nominación del autor y el reputado virtuosismo del Teatro de la Universidad de Concepción, sumidos de inimitables valores en las tablas nacionales, todo nos atraía a concurrir a la representación brindada el martes 3 de junio en el Teatro Municipal de esta ciudad.

Junto con traspasar las puertas del teatro se advierte un ambiente inspeorado, diría dirémoslo, donde destacan los gritos de los vendedores de conchitos, las alocadas risas de las coleginas, el estrépito de los petardos y el reventar de los globos de chicle. En medio confabula desde la partida contra la prevaricación de esa aura casi mística que debe envolver el desarrollo de una obra teatral, en que los actores se olvidan de sus propias existencias para adquirir el rol que el autor prefabricara a sus personajes, en que no puede existir comunicación con el público porque no hay público para la vida que brota del escenario, en que cada lágrima debe corresponder a un sentimiento, cada gesto a una emoción.

La obra constituye un buen retrato campesino, indudablemente simplista, en que los personajes se estilizan traduciéndose determinados caracteres, exentos de indecisiones y recovecos, singulares, planos de manera que el hecho de fondo es solamente el patrón, el sobre es humilde y la comedia es pesadota.

Presentada en tres actos que no varían de ambientación, va desenvolviéndose la trama, cálida de su argumento, con unidad prácticamente tradicional, mostrando la furación de un amor rural, protagonizado por la hija de un agricultor acomodado, que se desliza en un valvén que sirve de trópeo entre un momento empalme del fondo y un futuro tanquero. El farrero romanesco con el acímero de ellos brumpea, es un hecho en la tranquilidad atráica provocando el desconcierto, la furia, las reconvenções, bordeando el drama

hasta desembocar en un final feliz con sabor amargo.

Casi ausente de la creación de Roberto Navarrete se encuentra el elemento de rebeldía social, que difusamente se perfila en algunas escenas hasta devenir en última instancia en un conformismo designado y cómplice. Los toquillos del fondo profesan un respeto reverencial al patrón, que no admite soliviantamientos, y en su esforzado trabajo cotidiano vislumbran un destino contra cuyo bando inexorable no valen los roces. La explotación de esta vacante, que sin duda actualmente completa el cuadro laboral, está en la época en que se desarrollan los hechos, año 1941, en que la protesta del obrero ciudadano no llegaba aún a los campos chilenos, ensordecidos quizás por el trato paternalista.

Destaca, alros, la personificación de Anacleto, el hombre de confianza del patrón, feal y hombrazo, de ténidos ancestros, y la de su mujer, la Margarita, ben dibujada imagen de la hembra campesina, saciada y rezagada, que en la cumbre tranquila de una vejez cecosa se ven sobrecogidas por un suceso repentino que no encuadra en sus tradiciones. Tras estas papeles están los actores Alberto Villegas y Briscilla Herrera mostrando el oficio de una prolongada trayectoria en las tablas.

Resalta también acertada la figura de Jorge, quien nos entrega un concepto gráfico y bien terminado del joven de antigua estirpe agrícola. Bien nacido, irresponsable, para quien la vida es una eterna farsa, pero siempre manteniendo una imagen de virilidad e innata simpatía que logran hacer olvidar sus defectos. El excelente juego de Juan Arizala lo manifiesta una vez más como artista versátil y diestro en el manejo del instante y la emoción.

Quizás en un plano mejor, aun cuando es probable que el autor pusiera en ellos sus mayores esperanzas, se encuentran los protagonistas de la pa-

sión prohibida, Ester y Luchito. Es a Esterita la que correspondía, sin duda, el papel más complejo, la niña-mujer que siente palpar un mundo nuevo en sus vetas ardorosas, que desea conocer la angustia y el placer infinito de un amor desesperado y que al mismo tiempo se balancea en un ritmo peligroso entre lo desconocido y quemante y el hastío de lo seguro. No alcanzó sin embargo la actriz Olería Varela a mostrar todo lo que su rol le exigía, su actuación resultó destituida y, en ciertas ocasiones, francamente acartonada, livel. Por su parte, Fernando Parías, como Luchito, debió representar el difícil temperamento del tímido, acallado por la vida, con temor a enfrentarse nuevamente con los largos caminos del pobre. Muchas veces no dio alcance a su papel permitiendo exponer una dicotomía entre actor y personaje, el uno formado su personalidad para adecuarse a la escena, el otro un tanto resagado y emergiendo en los silencios.

Es con Bartolo, ese pícaro que venimos heredando desde el Ladrillo de Tormes, y a través de sus dichos chocarros, productos de la fina veta campesina, que el autor logra una feliz superposición de elementos cómicos y dramáticos exagerando a veces caricaturescamente los personajes, situaciones e ideas.

Una coreografía sencilla y real y efectos especiales de sonido, contribuyen a prestar una adecuada atmósfera a esta robanada de vida que observamos en el escenario.

En resumen, fue una grata velada la que nos proporcionara el TUC. Ojalá que espectadores de esta categoría se repitieran más a menudo y sólo sería de esperar que en futuras oportunidades se prohibiera el acceso a la sala a cierto sector del público que no tiene aún la capacidad ni sensibilidad necesarias para comprender la seriedad de la tragedia o la delicada fantasía de la comedia.

S. B. S.

El Diario Austral
Temuco. B. U. 1969.

692498

La mariposa en el barbecho [artículo] Sergio Bustos Santelices.

Libros y documentos

AUTORÍA

Bustos Santelices, Sergio

FECHA DE PUBLICACIÓN

1969

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La mariposa en el barbecho [artículo] Sergio Bustos Santelices.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile